
Las columnas de Hércules

Ray B. Browne

Reseñas a: Peter Burke: *Popular Culture in Early Modern Europe*, New York University Press, Nueva York, 1978, y a Richard D. Altick: *The Shows of London: A Panoramic History of Exhibitions, 1600-1862*, Harvard University Belknap Press, 1978. Tomado de *Journal of Popular Culture*, vol. 12 (2), otoño de 1979, pp. 372-375. Traducción de Isabel Quiñónez.

Estos dos libros monumentales tienen un valor inestimable para el estudio presente y futuro de la cultura popular. Ambos son exhaustivos; en ningún momento es necesario recurrir a un sustituto.

El libro del señor Burke viene de su labor como *Reader* de Historia Intelectual en la Escuela de Estudios Europeos de la Universidad de Sussex. Su propósito central es presentar la cultura popular a través de un estudio comparativo sobre toda Europa durante el periodo que va de 1500 a 1800, pues estos siglos constituyen el periodo anterior a la era industrial mejor documentado. Su esfuerzo se dirige a sintetizar no menos que la envergadura de la cultura popular europea durante el periodo.

Su definición de la cultura popular es un tanto tradicional; la resume a base de negaciones: es la cultura de la gente que no es de élite; la de aquellas personas no doctas, no letradas, que pertenecen a la "pequeña" tradición del conocimiento y la literatura más que a la "grande".

Desde el interior de estas definiciones —que postula con cierto titubeo— Burke estudia todos los acercamientos a la materia. Demuestra que entre finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, los románticos comenzaron a tener trato con "gente indocta" (*the folk*) y al hacerlo iniciaron el estudio de la cultura popular. Luego se remonta al siglo XV para evidenciar que en años tempranos de Europa los límites entre la élite y quienes no pertenecían a ella fueron reales y a veces infranqueables, aunque, a la vez, prácticamente inexistentes en muchos sentidos. Esto es, la élite tuvo una movilidad descendente considerable —podía mezclarse y de hecho se mezclaba con gente de clases inferiores virtualmente en cualquier actividad—, si bien la movilidad ascendente de las clases bajas era más constreñida, más restringida. Con todo, entre estas dos culturas se dio una gran mixtura. Burke demuestra que la cultura en el campo —entre pastores, porqueros, tejedores, mujeres, etcétera— difirió un tanto de la cultura de los pobres que vivían en medios urbanos y, asimismo, que una buena porción fue llevada de un lado a otro por múltiples nómadas de tipos diversos que se desplazaban libremente entre una comunidad y otra. Sin embargo, la cultura del pueblo como conjunto tendía a mantenerse unida a través de estereotipos, fórmulas y repeticiones; dando por hecho que

se dieron ciertos cambios, los cuales llevaron a cabo artistas populares diestros y creativos de numerosas especies: juglares, bufones, prestidigitadores, charlatanes, músicos ambulantes, copleiros y similares. Además —como Burke indica— no obstante la semejanza y la continuidad en los diversos entretenimientos, que eran parte fundamental en la vida de todos, hubo cambios —quizá paulatinos, pero inevitables— que devinieron, si no de algo más, de condiciones sociales modificadas. Formas tradicionales cambiaron, a menudo por un goteo desde las clases altas, pero también, y con frecuencia, por una infiltración que ascendía desde las bajas. Así pues, Burke hace su argumento claro: la única diferencia entre las dos culturas no es de especie, sino de grado.

Si uno quisiera ponerse quisquilloso con este estudio consideraría el tiempo y el periodo seleccionados para cubrir, así como la cautela y el temperamento conservador que Burke asume deliberadamente en todo. Para iniciar escoge 1500, cuando la imprenta comenzó a socavar la tradición oral; más información antecedente sobre la tradición oral hubiera dado a sus ideas mayor perspectiva histórica. No obstante, al escoger estos siglos seleccionó un periodo que se halla bien documentado y ofrece por ello evidencia incontrovertible sobre la mezcla entre cultura popular y de élite. Al definir coincide con el folklorista inglés de principios de siglo Cecil Sharp en que si bien un individuo puede crear cultura *folk*, la comunidad es la que selecciona y así concede vida o da muerte a una expresión particular del folklore; el conjunto de la comunidad académica estadounidense no acepta ya esta posición.

Pero la cautela del autor protege su estudio contra cualquier ataque que lo culpe por falta de entusiasmo científico o por formular conclusiones súbitas. Su investigación es exhaustiva —cita y da paso a material escrito proveniente de todos los países de Europa occidental— y su método es meticuloso. Las conclusiones son arrolladoras y es seguro que cambiarán radicalmente la aproximación a la cultura popular de historiadores futuros. De hecho, luego de este libro cualquier historiador que procure entender la cultura y al hacerlo no incluya exámenes detallados sobre aspectos populares será culpable por evasión y por superficialidad. Esta obra establece con claridad las Columnas de Hércules a través de las cuales deberán pasar futuros historiadores de la cultura.

La materia de la obra que realizó el señor Altick es más limitada, de ahí que sea más pormenorizada. Su asunto son las distintas clases de espectáculos que se ofrecieron en Londres durante dos siglos y medio: qué eran, quiénes iban a ellos, qué impresión causaban tanto a londinenses de clase alta como a plebeyos. Resulta una historia vivaz y fascinante sobre las distintas maneras con que la gente se recreaba y aprendía en una ciudad que exigía más y más diversiones instructivas. Los tipos y la cantidad de esas formas de entretenimiento fueron sorprendentes.

Según Altick define, las exposiciones son “exhibiciones de imágenes, objetos y criaturas vivas —incluyendo seres humanos— que por regla general la gente paga por ver”. El señor Altick concuerda con Bulwer en que los británicos formaban un “país de mirones”; insiste en que es posible inferir el perfil portentoso de un pueblo con

Las conclusiones son arrolladoras y es seguro que cambiarán radicalmente la aproximación a la cultura popular de historiadores futuros. De hecho, luego de este libro cualquier historiador que procure entender la cultura y al hacerlo no incluya exámenes detallados sobre aspectos populares será culpable por evasión y por superficialidad.



Desde comienzos del siglo XVIII los londinenses tuvieron otra fascinación, el fenómeno...

base en el estudio de sus exposiciones; sospecho que casi estaría de acuerdo con parafrasear un fragmento de la *Biblia*: "Por sus exposiciones los conoceréis".

Por eso Altick traza el desarrollo, desde el "gabinete" más antiguo —colección pequeña de cualquier clase de reliquia o curiosidad, relacionadas frecuentemente con "el mismo cuerpo de Dios" o con huesos de santos— hasta las colecciones reunidas por la *Royal Society* o que ésta animó luego de su fundación en 1662. Desde comienzos del siglo XVII los londinenses tuvieron otra fascinación, el fenómeno —encarnado por seres humanos o por exóticos animales extranjeros. John Evelyn, londinense infatigable, olfateaba fenómenos en cuanto había ocasión; Pepys también. De los dos, el que tenía más edad fue a visitar, por ejemplo, a la "Doncella peluda", cuyas "cejas se combaban hacia arriba; y con frente igual de tupida; y con una cabeza que sobresale en forma admirable, más que la de cualquier mujer, y que viste lindamente". Poco después Pepys escribió sobre los gigantes irlandeses, a quienes había examinado cuidadosamente. Sin duda ambos fueron a mirar animales diversos que los barcos traían desde tierras lejanas y exóticas, en ocasiones junto con extrañas criaturas humanas —indios de América, esquimales y otros— los cuales, puesto que no hablaban inglés provocaban curiosidad y escalofríos de toda clase; aparentemente aquellas personas habrían concordado más tarde con Mark Twain en que, pues la gente de aquellos pueblos era humana debía hablar inglés, el lenguaje de los seres humanos.

Los museos con figuras de cera tuvieron igual importancia para la vida londinense; su popularidad fue inmensa en el siglo XVII, como lo es ahora. También los tutilimundi: grupos de figuras a escala que se disponían con destreza ante un fondo pintado; eran usados como juguetes, y empresarios ambulantes los cargaban sobre su espalda o los transportaban en carretas jaladas por burros hasta los sitios más remotos para realizar funciones baratas. A veces los tutilimundi utilizaban figuras mecánicas; que de ahí evolucionaron hacia los muy populares mecanismos de cuerda. Toda clase de espectáculos mecánicos, incluido el autómatas, que a menudo incluía portentos como: el escritor, el ejecutante de clavicordio y el dibujante autómatas, los cuales fueron inmensamente populares.

Otras diversiones fascinantes que hechizaron a los londinenses del siglo XVII comprendían varias clases de imágenes en movimiento (la linterna mágica; las sombras chinescas; el "Eidophusikon, o Representación de la naturaleza", a veces también llamado "Imitaciones diversas de fenómenos naturales, representados por imágenes en movimiento"); los diferentes tipos de Panoramas, que ofrecían al ojo imágenes casi ilimitadas del mundo en torno; el Ciclorama (que sobrepasa al panorama al lograr una perspectiva de grandes alturas y daba una dimensión nueva a las imágenes proyectadas, aunque las imágenes no circundaban por completo al espectador); el Diorama (que incrementaba la profundidad del panorama); los Panoramas móviles (que podían ser imágenes en movimiento continuo o en rápida sucesión); el Noble Salvaje, venido de diversas tierras; Monstruos del reino animal (como bece-

rros con dos cabezas, esqueletos de ballenas, sirenas, etcétera); zoológicos, así como muchas otras clases de especie similar.

En añadidura al mundo de lo exótico y lo increíble hubo numerosos entretenimientos en campos de ciencia y de física. Hubo conferencias como la que representó el caricaturista James Gillray en: "¡Investigaciones científicas! ¡Nuevos descubrimientos en Neumáticas!, o una Conferencia experimental sobre los Poderes del Aire". Y el Túnel del Támesis, que produjo una especie de terror a Nathaniel Hawthorne cuando lo visitó.

Las múltiples formas de entretenimiento y maneras de pasar el tiempo en el Londres de este periodo fueron prácticamente demasiado abundantes como para pormenorizarlas en esta reseña; su descripción no puede sino abaratarlas y aminorar el gozo de ir a ellas en este libro absolutamente increíble. Con una vida que ha transcurrido estudiando la cultura popular de Londres, el señor Altick ha creado nuevamente un libro del tipo que es difícil superar. La investigación, el saber que requirió este libro casi igualan los que fueron necesarios para producir muchos espectáculos que él describe. Este libro es una adición digna a sus libros: *The Scholar Adventurers*, *The English Common Reader* y *Victorian People and Ideas*. Este libro lleva al lector de regreso al Londres de siglos previos, cuando formas de entretenimiento que aún se hallan entre nosotros hacían sus primeros recorridos de prueba; y con ello nos hace vislumbrar estilos de vida que son casi increíblemente divertidos y que informan. Este libro exige ser leído por cualquiera que pretenda estar interesado en historia inglesa, arte, diversiones o cultura popular de cualquier clase.

Estos dos libros representan el máximo logro del saber conseguible en materia alguna; que ambos se centren en la cultura popular demuestra nuevamente la enorme necesidad del estudio constante en esta área y el valor informativo real de tales estudios.

Este libro exige ser leído por cualquiera que pretenda estar interesado en historia inglesa, arte, diversiones o cultura popular de cualquier clase.



"De cómo apareció en el cielo una cometa y de la turbación que Montezuma tomó y cómo envió a llamar el rey de Texcuco para que le dixese lo que significaba". Durán, título del Cap. LXIII.